

# Don Manuel del Socorro Rodríguez

BIBLIOTECARIO REAL Y PERIODISTA



SM. (r) LEON JAIME ZAPATA GARCIA

Ha habido hombres en la historia de Colombia que originarios de otras patrias la han amado y servido más fielmente que muchos de sus propios hijos. Confundidos con sus sinsabores y proezas, amalgamados con el espíritu vario y uno de la nacionalidad, se han incrustado como preciosas joyas en su discurrir airoso y noble. Por eso, cuando al hojear su crónica su-

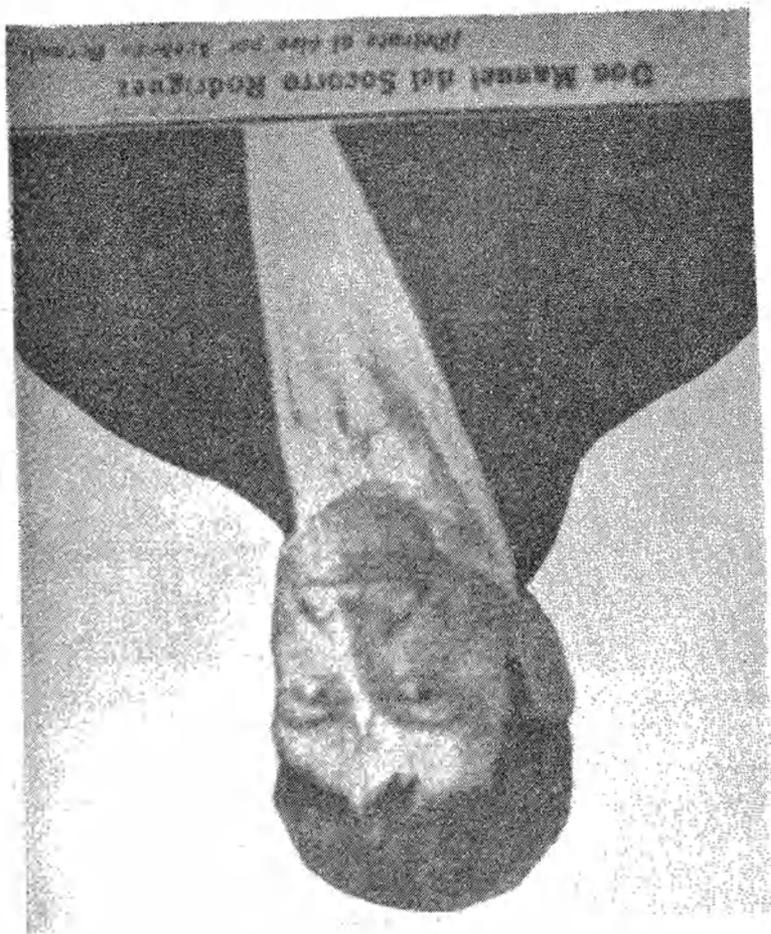
blime y encontrarnos con sus figuras hazafiosas, se nos hacen tan nuestros, tan familiares que tras rememorar la tierra hermana que les vio nacer sentimos cómo nuestro espíritu de ciudadano, se ensancha y se hace más universal.

Nació nuestro compatriota adoptivo el lunes 3 de abril de 1758 en la localidad cubana de Bayamo. Fueron sus

padres don Manuel Baltasar Rodríguez y doña María Antonia de la Victoria. Huérfano a muy corta edad, alcanzó a aprender de su padre los primeros conocimientos en las letras y en la escultura heredando también su amor por el magisterio al cual se aplicó el niño Rodríguez para hacer frente a la manutención de su madre y sus tres hermanas. Tras esforzado anhelo de superación hízose a grandes luces en disciplinas filosófico-literarias y artísticas, atrayendo hacia sí la curiosidad primero, el cariño y la admiración después de los gobernadores y capitanes generales de la isla, especialmente el de don José de Ezpeleta, Gobernador, hombre de acción y mecenas de las letras cuya figura fue altamente estimada por sus súbditos. Tras muchas instancias logra el autodidacta y ebanista tallador que el Colegio de San Carlos de la Habana, mediante orden de la Corona, le practicase exámenes en "elocuencia, poesía y demás ramas de la literatura, los cuales presentó el 4 de noviembre de 1788 en cuya sesión se hizo presente lo más granado de la Isla principiando por el Gobernador; obtuvo calificaciones excelentes, triunfó en su género nada común. Más adelante se presentó a exámenes sobre bellas artes (pintura y escultura) con idénticos resultados. Como la gloria y fortuna ajenas escuecen la envidia humana que con la ingratitud son los más claros distintivos de la especie, pronto el sabor del triunfo tornóse en acíbar para el bayamés, quien principió a afrontar los ataques

de quienes estaban más obligados a favorecerle que a escarnecerle. Menos mal que no tuvieron eco en la Corte, donde, según consta en nota estampada al pie de un documento, adivinaron el espíritu proclive de sus impugnadores. Pero no estaba solo don Manuel. El Gobernador Ezpeleta se convirtió en su amigo y ángel guardián. Promovido al Virreinato de la Nueva Granada, solicita a la Corona desde Cuba, licencia para trasladarlo a Santafé, la cual es autorizada mediante Real Orden del 11 de agosto de 1789, cuando ya el Virrey y Mariscal había recibido el mando en Santa Fe (31 de julio). A mediados de 1790 se embarca para Cartagena y remonta el Magdalena haciendo su arribo a la Capital el 18 de octubre del mismo año. Recibido por el mandatario el 19 es nombrado el 20 para el cargo de Bibliotecario Real de la Biblioteca Pública fundada en 1777.

Otros cargos le fueron ofrecidos con éste, entre ellos el de Secretario General del Virreinato, pero Don Manuel eligió el más noble de todos: el de servidor de la cultura a través de los libros. Allí la huella de su saber fue amplia y benéfica para la Institución que apenas principiaba a dar "so'itos". Posesionado el lunes 25 de octubre, según comunicación del Fiscal Berrío y Guzmán al Virrey Ezpeleta, había iniciado su trabajo de organización el día anterior ya que así consta en una nota insertada por Rodríguez en el catálogo. La Biblioteca estaba instalada en el primer piso del Palacio de San Carlos (hoy Casa de



Bolívar) con acceso por la esquina; sobre la sala de lectura en el segundo piso el Bibliotecario se alojó en una alcobita independiente, con ventana hacia la calle 10ª.

El cargo de Bibliotecario tenía una asignación de \$200.00 al año, suma irrisoria que no le permitía a nuestro Bibliotecario subsistir, auxiliar a su madre y hermanas residentes en la Habana y pagar ayudante. Ante esta difícil situación la Junta de Temporalidades le asignó \$82.00 más y propuso que se diligenciara ante la Corte con el fin de obtener autorización para formar un fondo de \$20.000 destinados a pagar \$800.00 anuales al Bibliotecario y \$200.00 para ir enriqueciendo la colección. El Rey autorizó \$200.00 más al año aportados por la Junta de Temporalidades. Nuevamente su protector se dirige a la Corona en solicitud de un aumento más ante lo cual se le contesta con ficha 22 de enero de 1793 que no teniendo más recursos para atender nuevas erogaciones se sugiere buscarle un empleo más remunerativo y llamar para el cargo de la Biblioteca a un eclesiástico para quien serían suficientes los \$400.00. Seguramente que don Manuel no quiso desprenderse de la Institución que tanto amaba y prefirió continuar allí hasta su muerte. Este cubano, adoptivo entrañable de nuestra patria, es el más grande de los bibliotecarios colombianos, honra y atlante de la profesión que cuenta apenas pocos años de constituida en Asociación en nuestro medio, encaminándose con paso seguro hacia horizontes

de luz y de bonanza en su servicio a la cultura. La huella de amplios beneficios abierta por don Manuel del Socorro Rodríguez en Colombia y particularmente en la Biblioteca Nacional y en el campo del periodismo está escrita en páginas doradas de la historia.

Constancias sobre la capacidad de don Manuel? Veamos algunas: Del Virrey Ezpeleta: "Socorro Rodríguez desempeña su encargo con acierto, manteniendo en mejor orden la biblioteca, y a verdad, sin hacerle favor es el sujeto más a propósito para este empleo, porque prescindiendo de su cuidado en el aseo, buen orden, y custodia de los libros conoce el mérito de muchos de ellos, y sabe proporcionar a los jóvenes los que pueden serles más útiles". Está implícita en estas frases y muy especialmente en la última afirmación, la deontología bibliotecológica: No solo atender al buen ordenamiento de las obras, a su custodia, sino, y más importante aún, saber elegir para cada lector el libro más útil.

Posteriormente y antes de hacer dejación de su cargo lo recomendaba así el Virrey Ezpeleta al favorito de María Luisa de Parma: "la misma moderación de este sujeto, su abstracción de todo lo que no es el estudio, y su inclinación a él, que le ha retraído de seguir otra carrera más lucrativa, como lo hubiera sido la eclesiástica, en la que estaba muy dispuesto a atenderle este prelado (el arzobispo Baltasar Jaime Martínez Compañón), han hecho más difícil e irremediable su situación, sin el auxilio de un brazo poderoso; y yo que conozco su virtud,

su aplicación, sus bellas cualidades y más que todo su escasez de medios para subsistir y socorrer a su familia, que es su principal cuidado, no puedo dejar de manifestarlo a V.E., ya que se ha ofrecido esta ocasión, para que se sirva contribuir al alivio de este joven”.

El Virrey don Pedro Mendinueta y Musquiz intercedía ante el Ministro de la Corona para que se le aumentase el sueldo con las siguientes palabras: “Tal es la desgraciada suerte de este sujeto cuyo talento, aplicación y probidad de costumbres son tan recomendables, como constante su genio retirado y abstraído aún del trato común de las gentes, lo que sin duda persuade que distrayéndole o apartándole de la carrera que ha emprendido para colocarle en otra con mejor sueldo, no vivirá con gusto ni hará muchos progresos como se experimenta cuando se violenta la inclinación y disposiciones de la naturaleza o del genio de cada individuo”.

También se conocen conceptos similares de los fiscales de la época y demás personas que le conocieron y trataron.

Con el apoyo del Virrey había elevado solicitud para que se le permitiera ejercer su profesión de bibliotecario en España, la cual fue negada por el Rey “porque los sueldos que se abonaban a las personas que en el establecimiento de Madrid ejercían idénticas funciones percibían una paga mucho más baja”, según comunicación del Sr. Duque de Alcudia de fecha 21 de agosto de 1793. Desde antes de

abandonar a Cuba, don Manuel había solicitado se le enviara a España a perfeccionar sus estudios (19 de julio de 1784), petición que vuelve a formular el 19 de noviembre de 1788, una vez terminados los exámenes arriba citados.

Si la Corona hubiese atendido el clamoroso deseo del artesano Rodríguez, la hispanidad habría ganado seguramente a uno de los más grandes literatos del siglo, pues si obligado a trabajar en el día y disponiendo solo de la noche para sus estudios, sin haber oído nunca la voz de un maestro, como él lo manifiesta en el prólogo al “Elogio de Carlos III”, realizó varios trabajos meritorios, fundó periódicos, un círculo literario mixto: “La tertulia eutropélica” con sede en la Biblioteca de Santa Fe así como un instituto de enseñanza, que no hubiera hecho si se hubiese accedido a sus ruegos facilitándole los medios para su estudio en España en donde familiarizado con los distintos círculos intelectuales y monárquicos habría escalado sin lugar a dudas posiciones de alto rango.

En su primera labor de clasificación empleó nuestro Bibliotecario Real siete meses, al cabo de los cuales abrió una escuela para dar instrucción gratuita en el mismo local; allí dictaba clases de religión e historia sagrada, mitología, castellano, ortografía, principios de griego, hebreo, francés, italiano, portugués y lecciones de la “lengua mozca, absolutamente olvidada en este país” y que él había aprendido en una gramática del citado dialecto que encontró en la Biblioteca, bellas ar-

tes, literatura, geografía e historia, legislación española y nociones sobre otras materias. Es sorprendente la actividad desplegada por este servidor público, notable ejemplar humano de austeras virtudes que si todos imitáramos las palabras desidia, negligencia e irresponsabilidad serían conocidas solamente a través del diccionario y no a raíz de muchos de nuestros procederes. Si emuláramos a este funcionario pundonoroso en nuestra tierra campearían la honradez y la laboriosidad. Sobre este particular se expresó así el profesor de Bibliotecología Ernesto Delgado el 23 de abril de 1963, "Día del Bibliotecario Colombiano", ante su tumba en la Iglesia de La Candelaria: "Hoy al recordarle debemos prometernos imitarle, pues hoy más que en su época, Colombia necesita de muchos Manueles del Socorro para levantar el nivel de la responsabilidad ciudadana y para trazar derroteros de cultura a una humanidad sólo preocupada por el utilitarismo personal".

Fue el primer donante de libros para la Biblioteca Nacional, según su voluntad expresada en la página final del catálogo que él elaboró de las obras existentes, las cuales ascendían entonces a 8.896 volúmenes. Su aporte para la colección lo relaciona el académico y bibliotecario doctor Pérez Ayala así: "Las colecciones de periódicos fundados por Rodríguez y del Mercurio Peruano de Lima, junto con los 590 libros y 300 cuadernos regalados por don Manuel del Socorro, acumulados en su tienda de carpintero en Baya-

mo primero, en Santa Fe después, así como algunos manuscritos de su obra literaria, son rica herencia que supo dejar al Instituto que rigió".

Como una prueba más del espíritu candoroso que distinguía a nuestro bibliotecario y nueva confirmación de su elocuente amor por la dependencia a su cargo, se narra lo siguiente: Militaba en las filas nariñistas solamente de corazón, pues su edad lo eximía de toda obligación de alistamiento, y habiéndose declarado la Presidencia de Tunja en franca oposición a Nariño en 1812, quien ejercía el poder federal, se presentó don Manuel del Socorro Rodríguez al Gobierno y le ofreció sus servicios con las siguientes palabras: "Puedo, no obstante, servir en la custodia militar de la ciudad en el destino que se me diere. Para este efecto hago presente a V.E., que no teniendo más que mi ordinaria espada de ceremonia, y siendo ésta insuficiente para un servicio activo de tanta consideración, necesito estar prevenido y fornitureado con fusil, cartuchera y sable de munición, y al mismo tiempo, recibido en clase de soldado raso, bien sea en el cuerpo de "patriotas" o en el que dispusiere V.E., asegurando, como hombre de honor, que defenderé el sitio o comisión que se me confiare, hasta sacrificar mi vida por el Gobierno y por la patria. En cuya atención suplico a V.E., se sirva colocarme en la ocupación que fuere más ardua y peligrosa, con tal de que sea dentro de la ciudad, para estar en todo caso expedito al celo de



Palacio de San Carlos, esquina donde funcionó la Biblioteca Pública.

la **Biblioteca confiada a mi cuidado bajo el juramento de responsabilidad**".

Otro apunte simpático que hace resaltar el amor que profesaba a Colombia este ingenuo varón, ocurrió en 1813. Viendo que se aproximaba un combate entre las tropas de Baraya, que habían acampado cerca de la ciudad, y las de Nariño prontas a contenerlas, manifestó por escrito al Gobierno su dolor y su preocupación ante la sangre que inútilmente se iba a derramar entre hermanos, y se ofreció para salir él solo a luchar por Santafé, cual David, cuerpo a cuerpo con Baraya. El señor Secretario de Relaciones Exteriores don Felipe Vergara apoyó jocosamente la propuesta con las siguientes palabras: "Se admite el desafío que propone este nuevo púgil, pero con la condición de que en la lucha no ha de haber zancadilla". Esta salida carente de elegancia y de consideración de un funcionario que jamás puede compararse en méritos con don Manuel del Socorro, sirvió para que algunas personas se movieran de quien fuera indismayable apóstol de la cultura en nuestro suelo, en vez de mirar en las manifestaciones de este gran servidor el real y verdadero patriotismo que lo animaba.

Aunque don Manuel del Socorro era realista por convicción, nunca se alistó en su causa por amor a la patria adoptiva. Por el contrario, fue víctima de la gesta emancipadora por la cual padeció hasta lo indecible. Desde el grito de independencia —según Otero Muñoz—, no volvió a recibir su exiguo sueldo. Don Pedro

Antonio Herrán dice que fue a partir de 1816 que no percibió sus haberes. Lo cierto es que la familia Alvarez Lozano, condolida de su pobreza franciscana le suministraba la alimentación; vivió sus últimos años prácticamente de la caridad pública y de algunos pesos que ganaba mediante sus dibujos a pluma. En 1816 se salvó de la ejecución después de haber sido sometido a dos días de encierro en la Biblioteca, privado de alimentos, porque milagrosamente el retrato de Fernando VII pendía de la pared de la sala de trabajo, en sitio de honor, cuando el terrible Pacificador Morillo se presentó allí a interrogarlo. Viendo el General el cuadro del Soberano, dejó en libertad al indefenso y proveyó bibliotecario.

Don Manuel el periodista. Otra faceta no menos importante es esta profesión en la cual ocupa el sitio de honor como fundador del periodismo colombiano. Véamos:

En 1785 aparece en Bogotá una publicación denominada "**Aviso del Terremoto**" publicada en la Imprenta Real por don Antonio Espinosa de los Monteros, fundador también de la dinastía de impresores colombianos que tanto servicio le prestara a la República. Su nombre se debe al terremoto que sacudió a Santafé el 12 de junio del citado año; no tiene fecha y solo apareció tres veces. A esta efímera hoja le siguió el 31 de agosto la "**Gaceta de Santafé de Bogotá**" con periodicidad mensual y que tampoco fue más allá de la tercera edición,

salida también de las prensas de la Imprenta Real.

Como el Virrey diera carta blanca a don Manuel para sus actividades culturales, acometió la tarea de iniciar en firme el periodismo en el Nuevo Reino de Granada y en desarrollo de su idea funda el **"Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá"**, cuyo primer número vio la luz pública el miércoles 9 de febrero de 1791, 4 páginas, 13 x 20; el segundo número apareció el viernes 18. Como dato curioso se anota que en su primer año publicó dos ediciones al tiempo: una con los artículos de fondo, algo así como las páginas editoriales; otra con las diferentes noticias y material diverso, impresión hecha en la Imprenta Real en donde se sigue publicando hasta el N° 85 del 5 de octubre de 1792, número que por error trae el 87, suspendiéndose hasta el viernes 19 de abril del año siguiente, fecha en la que aparece en la "Imprenta Patriótica" de Nariño operada por don Diego Espinosa de los Monteros en donde continúa hasta el cierre del taller como consecuencia de la publicación de los **"Derechos del Hombre y del Ciudadano"** en 1794. Ahora el primer periódico granadino propiamente dicho, regresa a su cuna, la Imprenta Real, continuando allí, donde alcanza el N° 265 del viernes 6 de enero de 1797, página final 1.620 con la cual se cierra la existencia de tan meritorio periódico debido también a la entrega del mando de Ezpeleta al Virrey don Pedro Mendinueta. En él había invertido su fundador su propio

y escaso dinero sosteniéndola a costo de grandes vigiliias y privaciones imprimiéndole —al decir del historiador Antonio Cagua Prada—, "seriedad, responsabilidad y veracidad, herencia que aún conserva, para su propia gloria, el diarismo colombiano". Fue tal la acogida que tuvo esta publicación que su tiraje superó desde su comienzo los cuatrocientos ejemplares y entre sus colaboradores figuraron los sabios Mutis y Zea.

Silenciosa permaneció la Colonia en cuanto a prensa se refiere, por cuatro años. En 1801 el presbítero José Luis de Azuola y don Jorge Tadeo Lozano fundan el **"Correo Rurioso, Erudito, Económico y Mercantil de la Ciudad de Santafé de Bogotá"**, el cual no va más allá de ese año. Y torna el silencio.

Mientras tanto, encerrado en su Biblioteca completa Rodríguez diez años sin ejercer el periodismo por falta de apoyo hasta que en 1807 el Virrey Amar le encomienda la fundación y dirección de una gaceta oficial con el nombre de **"El Redactor Americano del Nuevo Reino de Granada"**, quincenario de información noticiosa que llega al N° 71. Su existencia va del 6 de diciembre de 1806 al 4 de noviembre de 1809; allí se avisa de un trabajo que continuará en el número siguiente, no se la ha hallado hasta hoy. Los historiadores tienen la certeza de no haber ido esta publicación más allá del N° 71.

Para el 27 de enero de 1807, don Manuel saca a la luz pública un nuevo periódico con el nombre de **"El**

**Alternativo del Redactor Americano**", con periodicidad mensual, completando 23 números el 27 de noviembre de 1808. Este periódico es el primero en editar suplementos. En cuanto a noticias el Director había destinado, para las de Américas **El Redactor** y para las de otras regiones **El Alternativo**. Otras hojas informativas se publican a instancias del Virrey y bajo el cuidado del mismo don Manuel. Son ellas "**Últimas Noticias**" cuyo primer número circuló en Santafé el 24 de septiembre de 1809, cambiando de nombre en la tercera edición por el de "**Los Crepúsculos de España y Europa**" llegando a la 7ª entrega el 1º de diciembre de 1809.

Y ocurre el 20 de julio de 1810, acontecimiento que veía venir el bibliotecario-periodista desde tiempo atrás. Sus cavilaciones las había comunicado a sus superiores sin ser escuchado. El nuevo gobierno lo encargó de la publicación de un órgano de divulgación oficial, el cual aparece el 17 de agosto de 1810 con el título de "**La Constitución Feliz**"; periódico político y económico de la Capital del Nuevo Reino de Granada, para el cual se le pide hacer un relato de los sucesos del 20 de julio. No estuvo muy afortunado en su elocuencia para la versión, no pudiéndosele culpar de falta de ánimo revolucionario, pues en realidad él era monarquista convencido; como tal se revela en sus escritos con motivo de Revolución Francesa. Si no actuó en contra de los patriotas granadinos fue por su amor a la nueva patria y al afecto que pro-

fesaba a muchos de los líderes del movimiento, que al fin y al cabo no era tan independentista ni antimonarquista.

Su poco calor para redactar "**La Constitución Feliz**" le costó el relevo, y por consiguiente la muerte del periódico, yendo nuevamente el genitor del periodismo colombiano al marginamiento total de la actividad que llevaba tan entrañablemente cosida a su espíritu. El augustó claustro de la biblioteca y el humilde recinto de su alcoba le servirían en adelante de confesonario mudo a sus amargas penas y absolutas privaciones. Ya el periodismo había prendido firmemente en el suelo que tanto amaba y por doquier brotaban los renuevos. El los había saludado jubilosamente, con gran satisfacción, sin egoísmo, porque en su alma ingenua nunca habitó esa pasión tan humana.

Cristiano fervoroso, su principal alimento corporal y espiritual lo constituía la Sagrada Eucaristía que todas las mañanas recibía antes de iniciar su labor cotidiana. Hablando de sí mismo decía: "Tengo la fortuna de haber nacido en medio del género humano, sin deseo alguno de hacer figura brillante sobre la tierra, ni poseer más caudal que el que se necesita para entrar en el sepulcro. Mis acciones jamás han llevado otro interés que el de cumplir con los deberes a que estoy obligado por el Evangelio, la naturaleza y la filosofía".

Los historiadores describen así su muerte: Groot Urquinaona, discípulo

Nº 1.

Papel periódico de la Ciudad de  
Santafé de Bogotá  
Miércoles 9 de Febrero 1791.

Comienza a venderse en la imprenta de la ciudad de Bogotá.  
Precio de cada número 4 reales.

PRELIMINAR.

A pocas reflexiones que haga el hombre sobre su destino, conocerá que está destinado a ser libre, y que por lo tanto le obliga a vivir según la razón, y a ser que todas sus acciones deban ser ilustradas y dirigidas por ella. No es ya suficiente con que ha sido creado libre su naturaleza. Y si no se le libera de la opresión de los de su especie, su patria, su religión, su sexo, su edad, su color. La tiranía comienza en el primer aliento que se da, y no hay seguridad ante los ojos. Este principio político, que se funda en la libertad del individuo, hará en el pueblo una revolución, que no podrá ser otra que la libertad. Y en esta revolución se considerará a los Republicanos como los ángeles, y que la decisión de este mundo le constituya en el honor eterno de la humanidad y la gloria pública.

He aquí el espíritu principal y verdadero de las papeles periódicas. La ilustración de esta especie de escritos ha merecido el aplauso de los hombres de buen gusto, que reconocen sus ventajas para generalizar las ideas de todos los Ciudades y Pueblos de la América. He aquí una muestra de la ilustración que se ha dado a este género de escritos, y que se ha dado a la ilustración de la América. Los Mexicanos, Peruanos, Guatemaltecos, y otros pueblos de esta clase, por lo tanto, los señores de la América.

Fascínfil de la primera plana del Nº 1 del "Papel Periódico de la ciudad de Santafé de Bogotá". Miércoles 9 de febrero de 1791.

suyo: "Se aproximaba la fiesta de Corpus y en una sala baja del edificio pintaban, don Pedro Figueroa y don Victoriano García, un grande arco de perspectiva para la procesión. Figueroa había llevado allí sus discípulos para que le ayudasen a pintar, entre ellos al que esto escribe. Don Manuel del Socorro bajaba todos los días a ver pintar, antes de abrir la Biblioteca. Dejó de hacerlo un día y al mismo tiempo se notó que las gentes que concurrían a la Biblioteca esperaban en los corredores, porque la sala estaba cerrada. Siendo ya tarde, se entró en cuidado; y cuando se observó que la llave estaba por dentro, ya no se dudó de que a don Manuel del Socorro le había sucedido algo. Se forzó la puerta; todos los que allí estaban entraron dirigiéndose al retrete donde dormía y le hallaron muerto, tendido sobre una tarima y estera que tenía por cama. Estaba vestido y con su capote, abrazado a una larga cruz hecha de palos ordinarios, que tenía sobre el pecho. Así murió el bibliotecario don Manuel del Socorro, hombre austero y de una piedad ejemplar, llorado por unos cuantos pobres a quienes tenía dado los cuartos bajos del edificio".

Gustavo Otero Muñoz, dice: "fue encontrado inmóvil en su lecho, vestido con el humilde sayal de los hijos de San Francisco, apoyada su cabeza sobre dura piedra y estrechando entre sus manos un rústico símbolo de la redención humana, hecho de cañas. Así murió el santo y nobilísimo

fundador del periodismo colombiano".

El Doctor José Manuel Pérez Ayala, escribe: "Rodríguez falleció el día 2 de Junio de 1819. Pasaba ya de los sesenta y tres años de su edad, de los cuales treinta había vivido en la Real Biblioteca Pública de Santa Fé, de la cual fue el propulsor y verdadero organizador. Murió de hambre y de frío, sin que una mano amiga le cerrara los ojos. Sus honras las hicieron gratuitamente los padres agustinos recoletos (O. R. S. A.), en cuya iglesia de la Candelaria fue sepultado y reposan hoy sus cenizas". En la partida de defunción aparece registrado su entierro el 3 de junio.

La ingratitud, achaque connatural de la humanidad, tendió sobre su féretro el negro crespón del silencio. Los periodistas no se dignaron siquiera hacer alusión a su muerte. En tanto los interesados en sucederle en el cargo, se precipitaban ante Sámano recitando sus méritos personales, lealtad y grandes servicio a la Corona, que los hacía acreedores a la elección. Entre las zalemas de los pedigüenos y el sahumero de sus alabanzas, el Virrey eligió a su subalterno don Manuel de Santacruz y Ahumada para desempeñar el cargo, al día siguiente de haber sido sepultado el cadáver del pundonoroso bibliotecario-periodista, 4 de junio de 1819, fecha en la cual el Ejército Libertador cruzaba el río Arauca y entraba a Casanare, presintiéndose, como lo canta nuestro Himno, "de la epopeya el fin".

No hemos juzgado aquí sus méritos literarios porque no somos quién para hacerlo. Dejamos en rápidas pinceladas el boceto de un hombre honrado, laborioso, humilde, servidor idealista de nobles empresas, dentro de las cuales podríamos contemplar hoy cómo el Paraguay no sería el único país en cultivar con devoción el idioma nativo el guaraní, si don Manuel del Socorro hubiese triunfado en su empeño de enseñar la lengua de los chibchas. Amaba a España pero fue también un gran americanista que supo hallar en el idioma de los aborígenes valores que no debían sucumbir ante el idioma importado.

Para cerrar estas páginas en memoria del digno emulador del gran Calímaco, se insertan a continuación las bellas frases pronunciadas por el experto bibliotecario Ernesto Delgado,

en su pieza literaria atrás citada: "Bello ejemplo de Bibliotecario en quien concurren las excelsas dotes de educador, humanista, ciudadano responsable y apóstol de la misión que se impuso. En el coloquio con sus libros con quienes vivía y casi sus únicos compañeros, a los que amó con verdadero cariño, cuántos proyectos surgirían en su mente, encaminados todos ellos a la mejor conservación de las obras, a la mejor presentación de la Biblioteca, a la prestación de mejores servicios. Sus horas libres, —ya que de descanso completo nunca tuvo—, las dedicó a dictar clases gratuitas al pueblo, con textos arreglados por él mismo".

Y expresa más adelante: "con el amor que solo sabe dar al pueblo el que fue pueblo".

## BIBLIOGRAFIA

Cacua Prada, Antonio. **Don Manuel del Socorro Rodríguez; itinerario documentado de su vida, actuaciones y escritos**. Bogotá, Banco de la República - Talleres Gráficos, 1966. 247 p.

Delgado, Ernesto. **Don Manuel del Socorro Rodríguez** (Oración inédita).

Groot, José Manuel. **Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada escrita sobre documentos auténticos**. Bogotá, Casa editorial de M. Rivas & C., 1889-1893, tomos II y III. 5 v.

Otero Muñoz, Gustavo. **Historia del Periodismo en Colombia, desde la introducción de la Imprenta hasta el fin de la Reconquista Española (1737-1819)**. Bogotá, Minerva, 1925. 218p., 2h.

Pérez Ayala, José Manuel. "Don Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria VI Bibliotecario Real de Santa Fé", **Boletín de la Asociación Colombiana de Bibliotecarios**, vol. IV, Nº 2, abril-junio, 1960, p. 37-46.